Discursos y entrevistas

Loreto 1-III-2008

En la inauguración del Paseo de San Josemaría. Palabras antes de comenzar el Vía Crucis.

Desearía agradecer de todo corazón a las autoridades eclesíásticas y civiles que promovieron esta iniciativa. Permítanme decirles que “era una cosa que se debía hacer”, porque San Josemaría se ha sentido completamente italiano; amó a Italia —no os ofendáis— más que los propios italianos, y ha llevado siempre en el corazón esta ciudad de Loreto. Las razones son obvias: aquí se encuentra la Santa Casa de Nazaret, lugar donde vivió muchos años la Sagrada Familia de Jesús, María y José; y aquí venía con frecuencia para abandonar en el Corazón de la Madre de Dios y Madre nuestra todos los pensamientos de su corazón, en las circunstancias más variadas.

Al revivir el Vía Crucis a lo largo del camino que hoy será llamado “San Josemaría”, me viene a la cabeza que este santo ha sido escogido por Dios para recordar a todas las personas de todas las condiciones sociales que «se han abierto los caminos divinos de la tierra». Toda situación humana honesta, todo trabajo, toda profesión, todo estado de vida de una persona normal, puede hacerse “camino de santidad”, camino para llegar al cielo, lugar para encontrar a Dios y servir a sus hermanos y hermanas. Por esto a San Josemaría le gustaba mucho la palabra *ca-*

mino (que utilizó para titular uno de sus primeros libros) y la palabra *calle* (decía que los cristianos deben ser santos *nel bel mezzo della strada*, en medio de la calle). Le gustaba también contemplar a *Cristo que pasa* a lo largo de los caminos del mundo *haciendo el bien*.

Además en este camino se contemplan las estaciones del Vía Crucis. ¡Cuántas veces nos ha dicho que si queremos ser cristianos coherentes y, por tanto, también apostólicos, tendríamos que encontrar la Cruz en nuestro camino! ¡A cuántas personas ha enseñado a amar y abrazar la Santa Cruz de Cristo como único camino hacia la Resurrección, hacia Pentecostés y hacia la gloria del cielo! Ha vivido personalmente y ha impulsado a tantas personas a amar la devoción del Vía Crucis, como medio para unirse a la Pasión y Muerte de Cristo, y por tanto para identificarse con Él. Recuerdo haber recitado junto a él y a S.E. Mons. Álvaro del Portillo, su primer sucesor al frente del Opus Dei, los textos de las estaciones del Vía Crucis; y me acuerdo, como si fuese hoy, de su ejemplar devoción. Llevaba consigo, escritas en la agenda, las catorce estaciones del Vía Crucis, para meditarlas con frecuencia, de modo especial en los días de Cuaresma.

Nos animaba a conservar en la memoria, como si fuera una película que estamos viendo, los momentos en los cuales se cumple la redención de la humanidad, de modo que nos metamos siempre en las escenas como un personaje más, para arrepentirnos de

nuestras faltas, para estar junto a Jesús, para amarle, para escuchar la llamada de Dios, para ser corredentores con Cristo junto a María. Recuerdo que un día, mientras nos mostraba, con atención y respeto, una reliquia de la Santa Cruz, nos habló a fondo de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Nos decía: «Nosotros amamos la Cruz, debemos amarla sinceramente, porque donde está la Cruz está Cristo con su Amor, con su presencia que todo lo abarca».

En el prólogo de su libro sobre el Santo Rosario escribe que «el principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima». Por otro lado, en medio del camino del Vía Crucis, la tradición siempre ha visto la presencia de María; y a su término, bajo la Cruz, *stabat Mater*, estaba la Madre de Jesús, la nueva Eva, fuerte como su dolor, para engendrnos a la fe y a la vida cristiana. Al inicio, durante y al final de la vida; María no nos abandona nunca. Por esto me alegra particularmente que esta vía de la Cruz lleve al Santuario de la Santa Casa.

Me alegra pensar que en el gozo del cielo, el evento de hoy alegre a San Josemaría, al ver que su devoción a la Cruz, su amor a María Santísima, y sus palabras llenas de fe hacia Cristo que sufre para nuestra salvación, ayudarán a muchos peregrinos a subir hacia el altar de Dios: el Dios que, en la Santa Misa, llena de alegría la juventud perenne del alma cristiana. Este es el deseo y la oración que —unidos a san Josemaría— dirigimos hoy a la Madre de Dios, rezando de modo particular por todos los habitantes de Loreto.

Roma 10-III-2008

“La configuración jurídica del Opus Dei prevista por San Josemaría”, con ocasión del XXV aniversario de la erección de la Prelatura del Opus Dei, Universidad Pontificia de la Santa Cruz.

Para describir la configuración jurídica prevista por San Josemaría para el Opus Dei, tendré que apuntar en primer lugar los rasgos definitorios de lo que él *vio* —es éste el verbo que usó habitualmente para referirse a ese momento¹— el 2 de octubre de 1928, fecha en la que se abrió delante de sus ojos el horizonte de la Obra que el Señor quería de él. A la luz de esta viva realidad, recorreré después dos filones que se entrecruzan continuamente en el curso de los años hasta la muerte santa del Fundador: por una parte, las diversas configuraciones que, sin traicionar la sustancia del Opus Dei y con carácter provisorio, San Josemaría debió adoptar para que la Obra gozase de un reconocimiento público en la Iglesia, según las posibilidades ofrecidas por el derecho entonces vigente, y pudiese hacer frente a las necesidades organizativas inherentes a su extensión, en un primer momento interdiocesana, y después internacional; por otra parte —he aquí el entrecruzarse al que he hecho referencia—, expondré las abundantes puntualizaciones que San Josemaría tuvo la diligencia de hacer constar en relación con aquellas configuraciones aceptadas por necesidad,

1. En algunas ocasiones aparecen expresiones como recibir la luz o la iluminación, etc.

pero siempre a la espera de una forma jurídica definitiva, prevista en el derecho común, que acogiese, sin forzarlo, el fenómeno pastoral del Opus Dei en su integridad².

1. Los rasgos definitorios del Opus Dei

Después de años de oración a la espera de descubrir aquello que presagiaba como querer de Dios, el 2 de octubre de 1928, durante unos días de retiro espiritual, San Josemaría recibió "la iluminación *sobre toda la Obra*"³.

¿Qué significa "iluminación *sobre toda la Obra*"? No, ciertamente, que el Opus Dei haya aparecido delante de los ojos del Fundador en la totalidad de sus detalles operativos, organizativos y de gobierno, y menos aún con un cuerpo de normas legales ya preparadas para el uso. A este propósito, San Josemaría escribió años después en un largo documento: «La realidad de la Voluntad de Dios estaba clara. Había, por tanto, que hacer lo que el Señor ordenaba. Después vendría la teoría; y, encauzando la vida, vendría el derecho»⁴.

Hay, por tanto, dos aspectos que deseo exponer a continuación: en primer lugar, los rasgos definitorios del panorama que San Josemaría vio en la fecha fundacional del Opus Dei; después, los que eran, en cambio, aquellos otros aspectos que debían ser per-

filados con el tiempo, mediante la reflexión y la meditación del Fundador, siempre dentro de una actitud de docilidad a las inspiraciones y a la acción de Dios en su alma.

1.1. Rasgos definitorios

San Josemaría no redactó una relación, o, al menos, no ha llegado a nosotros, sobre las características que definen el núcleo fundamental del Opus Dei tal y como se le presentó el 2 de octubre de 1928. Debemos, por tanto, describir aquellos aspectos o rasgos esenciales basándonos en los escritos del Fundador en los años inmediatamente sucesivos a la mencionada fecha.

Ante todo, aquello que él descubrió fue un horizonte apostólico. De frente a tantos cristianos esparcidos por el mundo en cuya vida se constataba de hecho una distinción entre la fe y la propia existencia concreta, hecha de trabajo y de ocupaciones terrenas, se sintió llamado a promover una institución que tuviese el fin de difundir entre quienes viven en medio del mundo una profunda conciencia de la llamada universal a la santidad, que Dios les ha dirigido con el bautismo. Una institución, por tanto, constituida por cristianos comunes que, al tomar conciencia de las exigencias que la vocación cristiana comporta, se empeñasen en intentar ponerlas en práctica con plena radicalidad y transmitir a otros su descubrimiento,

2. Para una exposición más amplia, cfr. A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Eunsá, Pamplona 1989.

3. Así por ejemplo, el 2 de octubre de 1931, escribió: "Hoy hace tres años... recibí la iluminación sobre toda la Obra" (*Apuntes íntimos*, n. 306).

4. *Carta*, 29-XII-1947/14-II-1966, n. 23.